



El malestar en la cultura

¹ El porvenir de una ilusión, en *Psicología de las masas*, El libro de bolsillo, núm. 193.

² *Liluli*, 1923. Desde que aparecieron los libros *La vie de Ramakrishna* y *La vie de Vivekananda* (1930), ya no necesito ocultar que el amigo a quien aludo con estas palabras es Romain Rolland.

³ D. Chr. Grabbe, *Hannibal*: «Por cierto que no podemos caer de este mundo: hemos aquí de una vez por todas.»

⁴ Véanse los numerosos trabajos sobre el desarrollo del yo y el sentido psíquico, desde Ferenczi: *Entwicklungsstufen des Wirklichkeitssinnes*, 1913 («Fases evolutivas del sentido de la realidad»), hasta las contribuciones de Paul Federn, de 1926, 1927 y años posteriores.

⁵ Según *The Cambridge Ancient History*, tomo VII, 1928. *The Founding of Rome*, por Hugh Last.

⁶ Goethe, en *Die zahmen Xenien*, IX («De las poesías póstumas»)

⁷ En *Die fromme Helene* («La pía Elena»), Wilhelm Busch dice otro tanto, aunque en un nivel más llano: «A quien tiene pesares no le faltan licores.»

⁸ Goethe aun llega a advertirnos: «Nada es más difícil de soportar que una serie de días hermosos»; pero bien podría ser que exagerara.

⁹ Cuando falta una vocación especial que imponga una orientación imperativa a los intereses vitales, el simple trabajo de los oficios manuales, accesible a todo el mundo, puede desempeñar la función que tan sabiamente aconseja Voltaire. Es imposible considerar adecuadamente en una exposición concisa la importancia del trabajo en la economía libidinal. Ninguna otra técnica de orientación vital liga al individuo tan fuertemente a la realidad como la acentuación del trabajo, que por lo menos lo incorpora

sólidamente a una parte de la realidad, a la comunidad humana. La posibilidad de desviarse al trabajo y a las relaciones humanas con él vinculadas una parte muy considerable de los componentes narcisistas, agresivos y aun eróticos de la libido, confiere a aquellas actividades un valor que nada cede en importancia al que tienen como condiciones imprescindibles para mantener y justificar la existencia social. La actividad profesional ofrece particular satisfacción cuando ha sido libremente elegida, es decir, cuando permite utilizar, mediante la sublimación, inclinaciones preexistentes y tendencias instintuales evolucionadas o constitucionalmente reforzadas. No obstante, el trabajo es menospreciado por el hombre como camino a la felicidad. No se precipita a él como a otras fuentes de goce. La inmensa mayoría de los seres sólo trabajan bajo el imperio de la necesidad, y de esta natural aversión humana al trabajo se derivan los más dificultosos problemas sociales.

¹⁰ Véanse *Los dos principios del suceder psíquico* (1911), *Obras completas*, II, y la *Introducción al psicoanálisis*, El libro de bolsillo, núm. 82.

¹¹ Me parece necesario señalar por lo menos una de las lagunas que han quedado en la precedente exposición. Al enumerar las posibilidades de alcanzar la felicidad que están a disposición del ser humano, no se debería pasar por alto la relación proporcional entre el narcisismo y la libido objetal. Quisiéramos saber qué representa para la economía libidinal el narcisismo; es decir, el hecho de depender en lo esencial de uno mismo.

¹² Véase *El porvenir de una ilusión*, op. cit.

¹³ El material psicoanalítico, aunque incompleto y de interpretación incierta, permite establecer una hipótesis —al parecer, fantástica— sobre el origen de esta hazaña humana. El hombre primitivo habría tomado la costumbre de satisfacer en el fuego un placer infantil, extinguiéndolo con el chorro de su orina cada vez que lo encontraba en su camino. De acuerdo con las leyendas que conocemos, no cabe poner en duda la primitiva concepción fálica de la llama serpentina y enhiesta. La extinción del fuego por la micción —procedimiento al que aún recurren esos tardíos hijos de gigantes que son Gulliver en Lilliput y Gargantúa, de Rabelais— era, pues, algo así como un acto sexual realizado con un hombre, un goce de la potencia masculina en contienda homosexual. El primer hombre que renunció a este placer, respetando el fuego, pudo llevárselo consigo y someterlo a su servicio. Al amortiguar así el fuego de su propia excitación sexual, logró dominar la fuerza elemental de la llama. Esta grandiosa conquista cultural representaría, pues, la recompensa por una renuncia instintiva. Además, se habría encomendado a la mujer el cuidado del fuego aprisionado en el hogar, pues su constitución anatómica le impide ceder a la placentera tentación de extinguirlo. También cabe señalar cuán regularmente las experiencias analíticas confir-